



GOBIERNO DE  
MÉXICO

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA

COLIMA  
GOBIERNO DEL ESTADO



# CREADORES Y ARTISTAS EN CONTINGENCIA COLIMA

## LETRAS

Proyecto:

**Prohibido besar, historias contagiantes**

Beneficiario:

**Julio César Zamora Velasco**

DIRECCIÓN GENERAL  
VINCULACIÓN CULTURAL

[www.culturacolima.gob.mx](http://www.culturacolima.gob.mx)

 culturacolima

 @culturacolima

**#ColimaEsCultura**

Con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.  
Proyecto sujeto a Contraloría Social del Programa de Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura AIEC - 2020.

# **Prohibido besar, historias contagiantes**

Julio César Zamora

## **Zazil**

Cuando trato de imaginar su sonrisa, me invade una sensación luminosa... Y los sonidos de un piano vienen a mí en cascada.

Yuni y yo pasamos horas en la habitación, a veces leyendo, viendo alguna serie o, las más, muy amorosos sin saber lo que ocurre afuera, pero el momento más esplendoroso cuando estamos juntos es al sentir los movimientos de Zazil. Nos hace reír cuando da pataditas, o brazaditas, cambia de posición o se esconde. Le hablo: si dibujara tu nombre, sería una escena marina, ese bello momento que el mar despliega sobre la arena su agua más cristalina. A veces me responde.

Cuando platicamos ampliamente es con música. Le fascina Claro de luna, de Debussy, aunque también le gusta Tocando las puertas del cielo, de Bob Dylan, pero Suspicious minds, de Elvis Presley, parece ser su favorita. Pienso que ahí dentro ella vislumbra un mundo onírico con los sonidos, figuras y colores en movimiento.

Siempre imagino cómo será su sonrisa. Me basta pronunciar su nombre para verla, para sentirla como una caricia, un murmullo apacible como el sirimiri, esas microscópicas gotas de lluvia que parecen flotar en vez de caer.

Muy pronto los sonidos de esta habitación cambiarán, más bien: aumentarán. Conoceremos la sonrisa de Zazil, y enero será un resplandor en esta habitación, y en toda la casa sonará su nombre, Zazil, Zazil, Zazil, como una brisa marina, Zazil, como el primer destello del amanecer.

## **Prohibido besar**

Habían pasado seis meses. Tal vez seis lustros. Quizá seis centurias. La vio salir y cerrar la puerta, cruzar la calle y caminar hasta la esquina. Siguió sus pasos. Las cifras en las noticias eran fatales, recién se había ordenado en Nuevo León, Monterrey, que detendrían a quien anduviera en la calle sin cubrebocas.

Ella entró a la cafetería; él, después. Le tomaron la temperatura, hundió sus zapatos en un tapete con cloro, le pusieron gel antibacterial en las manos. Tomó asiento en su mesa. La miró a los ojos, luego recorrió su nariz y boca, el pequeño lunar sobre la piocha. Se quitó la mascarilla, acarició su mano y se la llevó a los labios. La gente los miró, los clientes y los que pasaban por ahí.

¡Está prohibido besar!, dijo una señora alarmada. Él ni siquiera volteó a verla, tenía frente a sí la belleza refulgente. Sin soltar la mano de la chica, la besó de nuevo en la palma. La mujer volvió a exclamar: ¡Está prohibido besar! Entonces la muchacha se arrebató el cubrebocas, acercó su silla al joven y le aclaró a la señora: ¡Esto es besar! Fue como una descarga eléctrica para ambos, como si los hubieran regresado seis centurias, seis lustros, seis meses.

## No es para cualquiera

Era un alma desnuda y andante por toda la inmensa casa, aunque la mayor parte del tiempo estaba en su recámara, el cuarto más grande de los espacios construidos. En uno de los muros sobresalía un ventanal enorme que inundaba de luz la habitación entera, su figura recostada sobre una cama amplísima, en la que resaltaban sus piernas largas, un brillo áureo que doraba los contornos y los vellos de su piel, como si estuviera ligeramente recubierta por arena fina de mar. Vista desde de los pies hasta la cabellera, semejaría Un camino cerca de Arlés; en panorámica, un campo de trigo pintado por Van Gogh.

Vivía en Clyde Hill, a diez minutos de la ciudad de Seattle. Era profesora de matemáticas, con una maestría en historia del arte. Una extraña combinación que ella justificaba con su fascinación por los números detrás de las obras, esos dígitos invisibles en la composición de las pinturas como las series numéricas, presentes también en la vida común.

Tenía un año sin ver a sus padres, dos años sin pareja, tres de haber terminado su posgrado, cinco viviendo en esa inmensa casa, ocho radicando en el condado, trece dando clases, veintiuno fuera del hogar y treintaicuatro de edad. Calculaba que a los cincuentaicinco sería su retiro y su muerte a los ochentainueve.

Desde el 10 de marzo de 2020, mediante una Proclamación del Gobernador, se hallaba en completo aislamiento, como la mayoría de los habitantes. Tuvieron su pico de contagios más alto en julio. El Departamento de Policía había señalado que no deseaba arrestar ni emitir citaciones por violar las órdenes, pero lo haría en caso de los reincidentes. La maestra cumplía cabalmente con el aislamiento, sus clases las impartía por internet.

A veces se sentía como uno de los personajes pintados por Edward Hopper; al despertar como Morning sun, después del desayuno como Eleven AM, y al mediodía como Woman in the sun, en la comodidad imperturbable de su desnudez; pero a veces imaginaba estar en una de esas ilustraciones que recién pintó un tal Pierpaolo Rovero durante la cuarentena. En particular como el de Madrid hace el amor, o aunque fuera el de París besa. A pesar de tener dos años sin un novio formal, de vez en cuando, solía tener alguna aventura, y de vez en cuando también se tumbaba de la cama, postrada como Interior de verano.

La diferencia entre uno y otro artista es que en las obras del primero las escenas son de personas solitarias y en los del segundo parejas o familias. Algo imposible para quien tiene

*el corazón helado*, eso le reprochaban sus ex parejas. Ella les respondía que su corazón era phi, un número irracional que nadie podía alcanzar absolutamente.

En ese dilema pasaban sus horas y días de soledad... en realidad eran años, algo tan natural como ese impulso de Hopper por pintar los momentos íntimos, un aislamiento –en apariencia– por decisión propia, no por obligación ante una pandemia. Ella observaba en cada cuadro una narrativa diferente, una historia donde lo trascendental es lo que piensa o siente el personaje del cuadro, el instante que vive.

La maestra vivía en carne propia las obras de Hopper. A veces sí le incomodaba un poco la soledad, algo inconcebible para muchas personas. El silencio. Ex novios, amigos, colegas y vecinos en general, no comprendían su estilo de vida, suponían que era una mujer muy ocupada o tenía algún problema especial. Estar con uno mismo no es una forma o estado común entre la humanidad, al menos no ideal, para muchos resulta aterrador. Pero ella sabía estar consigo misma mejor que nadie, no lo veía como un problema de la vida, sino del pensamiento. *La soledad no es para cualquiera, ni el mundo está hecho para los solitarios, pero yo no estoy hecha para cualquiera.*

Con o sin pandemia, este era su modo habitual de vida, con la diferencia de que ahora el trabajo también lo hacía desde casa. Como en las pinturas de Edward Hopper, las puertas de su hogar están cerradas, pero la ventana siempre abierta. Es el elemento principal, antes y durante el confinamiento, su escaparate para ver al exterior, el marco donde se esclarecen los pensamientos, las emociones o la simple contemplación, no como voyeurista, sino un medio o recurso para sentir el viento, la luz del sol; ver el atardecer, la luna; oír el canto de las aves, los murmullos de la ciudad, y entonces avizorar a través de ella una esperanza.

*Lo que piense o sienta, no me desespera.* La ventana está abierta, como una salida, pero no como la de Rufino Tamayo, sino como un horizonte de posibilidades, como París a través de la ventana, de Chagall.

## Nefrita

Con una pequeña maleta al lado, la mujer ya estaba afuera de su casa, esperando la llegada del vehículo. Vestía con una blusa azul, pantalón blanco y tenis. El cubrebocas que ahora llevaba era de un verde esmeralda que resaltaba sus ojos de nefrita. Quien los veía con atención, difícilmente los olvidaba. Cuando el automóvil llegó, antes de subirse se acercó a la ventanilla y le dijo al conductor que iba al Hospital Regional. ¿Al Hospital? -repitió él-, ¿trabaja ahí? Ella titubeó y luego respondió con un no, que apenas alcanzó escuchar el hombre. La miró un tanto asombrado, lucía muy nerviosa. ¿Se siente bien? Abrió admirada sus enormes ojos y de nuevo en un tono apenas perceptible dijo haciendo un seseo sssí, ssí. Abrió la puerta trasera y se acomodó en dirección diagonal al chofer.

Por las recomendaciones sanitarias debo llevar los cristales abajo y sin usar aire acondicionado, espero que no tenga ningún inconveniente. Ninguno, ¿puedo tomarle gel? Por supuesto.

Unas cuadras más adelante, el hombre le preguntó si visitaba a algún paciente. Ella volvió a sentirse nerviosa e incómoda, no le gustaba mentir, al contrario, era un compromiso ético dirigirse siempre con la verdad, pero temía que si respondía no, el chofer sospecharía de ella, se detendría y la bajaría del carro, como le sucedió ayer... Sí, eh... van operar a una amiga.

Para ocultar el rubor en su rostro y cortar una posible conversación, la mujer sacó su celular y fingió escribir mensajes en él, sabía que el conductor la observaría por el espejo retrovisor y así tal vez evitaría distraerla o interrumpirla. En efecto, por ahí la vio y entonces optó por narrar en vez de entablar un diálogo.

Sabe, han bajado los servicios, pero nunca faltan los viajes a las clínicas. Hoy empecé a circular desde hace más de dos horas y usted ha sido mi segundo servicio. ¡Oh!, exclamaba ella sin levantar la vista del aparato. Ya tenía más de cuarenta minutos esperando y mi teléfono no sonaba. Cuando llegué con usted y se asomó a la ventana en vez de subirse, por un momento creí me cancelaría el servicio. ¡Oh, no!, dijo ella. Después comprendí el porqué de su aviso o alerta de que venía al Hospital General. Muchos de mis compañeros no quieren hacer estos viajes, tienen miedo de contagiarse. Yo también, pero para eso son las medidas sanitarias.

Al llegar a la clínica, la mujer le preguntó cuánto era. No es nada. ¡¿Cómo?!, muchas gracias, pero ¿puedo saber por qué? A los profesionales de la salud no les cobro. Ella se sorprendió, no sabía cómo supo que era enfermera. ¿Es por los pantalones blancos?, le preguntó. Me jacto de ser observador, pero no fue por eso. El primer servicio que hice al entrar de Uber fue con usted, hace ya un año. Me jacto también de tener buena memoria, pero con el cubrebocas resaltan más sus ojos. Mi padre me contó que de no ser gracias a las diligentes atenciones de una enfermera, hoy no viviría para contarla. Dice que en los momentos de fiebre más alta, cuando ella lo atendía le sujetaba las manos y él se perdía en su mirada como si entrara a un bosque. Estoy seguro que usted provoca el mismo efecto curativo.

Por favor, déjeme darle aunque sea la mitad, para que no le pierda. El conductor se negó a recibirle el dinero. Ella insistió y le extendía la mano con un billete de 200. No tengo cambio, ni usted tiempo para cambiar. Hagamos un trato, si acaso me enfermo, espero quedar en sus manos... y ojos.



## Como una brisa

*Todo es saludable, salvo interrogarse...* leía un hombre sentado en el sillón donde pasaba la mayor parte del día, y a veces también la noche. El mayor ruido que había en su casa sucedía cuando daba vuelta a las páginas de sus libros, aunque de vez en cuando las fotografías familiares sobre la pared de la sala le hacían un ruido enorme. Cerró de un manotazo el libro y comenzó a cavilar...

Lo insano es leer a Cioran, pero en este periodo cualquier cosa es dañina, hasta el aislamiento enferma. ¡Esta ya no es cuarentena, es una milena! ¿Qué más puedo hacer en este encierro si no es divagar, e inevitablemente cuestionarme? ¿Acaso no es ahora la muerte lo que prevalece entre la humanidad?

En cuanto la vida surge, como una llamarada, la muerte acecha como una brisa; en un instante, el menos esperado, se vuelve ráfaga y apaga aquel fulgor. Detenerla es imposible; a veces, ni siquiera retrasarla. Pero mientras sigan ondeando flamas, chispas, la vida se aferra hasta el último vendaval.

Sea en un fogonazo o hasta arder en cenizas, la muerte llegará. Es la única certeza que tenemos. ¡Maldita sea la pandemia!, malditos nosotros que la racionalidad no nos alcanza, tenemos conciencia de la vida, pero no de la muerte. Existimos. Actuamos. Rara vez pensamos. Y aquí estamos, anclados y maniatados.

Nunca pasé tantas tardes y noches viendo caer la lluvia. Acabarme las cervezas y el vino en un solo día. Escuchar los gritos de locura de la vecina, a tantos perros ladrar a la sombra. No hay día que no venga a mi mente ese poema de Cesare Pavese, *Para todos tiene la muerte una mirada*, y saber que vendrá hoy o mañana, ¿o hasta cuándo? ¿Y cómo serán sus ojos? ¿Habrá solo abismo? Que sean los de ella, por favor, que sean los de ella para no dudar ni un segundo en irme.

Si vivir, ahora, es un riesgo permanente, ¿cuándo ha sido el mundo seguro para vivir?

## La paciente 31

“Has estado en contacto con una persona contagiada de Covid-19”, leyó Mai el mensaje que había recibido en su celular a través de la aplicación de rastreo. Permaneció atónita durante unos segundos, después hizo un repaso mental de las personas que acaba de ver... De pronto le llegó otro aviso: “Hay una persona cerca de ti que es sospechosa de Covid-19”. Miró a los pasajeros que se encontraban en el mismo vagón y pensó en bajarse en la siguiente estación.

Mai se había quedado atrapada en la casa de sus padres durante 68 días, en Yichang, luego de haber salido desde el 20 de enero de Wuhan, en la provincia china de Hubei, para regresar a su ciudad natal y pasar el Año Nuevo Lunar con la familia y ver a sus viejos amigos. Pero ya no pudo volver tras el decreto de la cuarentena por el gobierno chino.

Eran cinco pasajeros más, cuatro hombres y una mujer, dos, contándose a ella misma. Todos estaban clavando la vista en sus teléfonos, excepto un muchacho que se sentó erguido, sin recargar la espalda sobre el respaldo. Miraba hacia el frente, sin ver algo en específico. *Él debe ser*, pensó ella. Por las restricciones sanitarias, había señalamientos en amarillo que indicaban sentarse uno por asiento entre dos ocupados. A la orilla, cercano a la puerta que daba al siguiente vagón, un guardia vigilaba que trajeran puestas y bien colocadas sus mascarillas durante todo el trayecto.

Mientras estuvo en Yichang, Mai aprovechó para platicar y convivir con su familia, después de un año sin verla; eran siete integrantes, incluyendo a sus dos hermanos, una cuñada y un sobrino de cinco años. Quedarse en casa era su única opción. Todos los días iban personas a tomarles la temperatura al domicilio, y solo uno de sus hermanos, tenía autorización para salir a comprar alimentos.

A los cinco pasajeros ya les había llegado una alerta en sus teléfonos: “Una persona que acaba de ingresar ha tenido contacto con un enfermo de Covid-19”. Bastaba con que revisaran su aplicación de rastreo para detectar quién de ellos aparecía como un punto verde, amarillo o rojo. Había cuatro en verde y dos en amarillo. Ninguno en rojo. Entonces Mai se dio cuenta de su nueva clasificación. Después de más de dos meses de estar en verde, ahora era un odioso amarillo.

El 24 de marzo las autoridades chinas cesaron el confinamiento en Hubei, pero en Wuhan sólo se permitió el acceso a residentes que tuvieran que presentarse a trabajar. Mai se reincorporaría el 28, día en que reanudaron el servicio del metro, donde se habían instalado 200 equipos inteligentes de monitorización de temperatura infrarrojos en 182 estaciones. Los pasajeros debían escanear sus códigos QR de salud, con información de nombre real y revisar su temperatura corporal antes de entrar a las estaciones y usar mascarillas. Algunos usuarios portaban guantes de plástico, caretas o lentes protectores. También debían escanear el código de rastreo del viaje al descender del metro.

Mai viajaba en la línea 2 del metro, que circula noroeste-sureste, desde Jinyintan a Optics Valley Square, una línea que conecta con importantes zonas comerciales y de negocios de la ciudad. Ella bajaba en la estación de Xunlimen, un recorrido de 25 minutos, pero en esta ocasión, sabía que tendría que bajar antes y avisar en su trabajo que debía hacerse una prueba para saber si estaba infectada o no.

Afuera de la estación de Jinyintan, donde Mai había abordado el metro, una mujer se hallaba repartiendo folletos que decían que el coronavirus era una enfermedad “ligada al pecado”. Señalaba también el nombre de una congregación religiosa que los liberaba de las imperfecciones humanas. Un dron volaba sobre ella repitiendo: vuelva a su casa. Cuando Mai ingresó al metro, no alcanzó a ver que entre dos guardias aprehendían a la mujer que un día antes había sido diagnosticada con Sars-CoV-2, en el hospital Lei Shan en la ciudad de Ezhou, registrada como la paciente 31 de ese nosocomio.

Poco antes de llegar a la siguiente estación, el joven que estaba erguido comenzó a estornudar, una, dos, tres veces seguidas. El guardia le indicó que tenía que bajar y acudir a una clínica. ¡Usted es un caso sospechoso! El muchacho se quitó el cubrebocas y alterado le respondió señalando a Mai: ¡Ella también! El hombre lo increpó, ¡póngase la mascarilla! El joven se puso de pie, sacó un papel de su chamarra y lo levantó con la mano gritando: ¡Todos somos pecadores, aquí lo dice, nadie se salvará, debemos purificarnos!

Cuando el metro arribó a la estación de Changqing Huayuan, reduciendo la velocidad, los pasajeros se pusieron de pie para tratar de salir lo más pronto posible de ahí, pero cuando se abrieron las puertas del vagón había otros dos uniformados como el guardia que impidieron su salida. Mai regresó a su asiento.

Días después, los hospitales de Wuhan recibieron alrededor de 100 pacientes que una semana antes habían acudido a liberarse de sus imperfecciones a un encuentro ceremonial. Todos habían tenido contacto con la paciente 31. Dentro de los nosocomios, había robots repartiendo comida, y afuera de ellos, en las calles, infinidad de drones vigilando que la gente cumpliera con la cuarentena.

## Opio

En los medios de comunicación sólo hay malas noticias; en las redes sociales, estupideces; en los libros, ilusiones... espejismos de un mundo que ahora parece intocable, inexistente, de mentira. ¡No soporto el encierro ni el silencio! ¡Ah!, cuántas ganas de volver a entrar por aquella puerta azul, colocarme en la esquina de la barra y pedir una cerveza helada, ese tarro de vidrio grueso que transpira y por dentro espumea con su líquido ambarino. Darle un trago profundo y con la otra palma de mi mano sentir esa madera vieja. Luego elegir un par de canciones en la rockola, y así esperar a que llegue Elena en un vestido entallado, verla entrar con esa cadencia desde las caderas hasta los tacones que escucho cuando baja los tres escalones, uno, dos, tres... mientras cuento los segundos regresivos para que llegue hasta mi lugar a saludarme. Ver directo a sus ojos de avellana y cómo se abren sus labios para pronunciar mi nombre. Y lo mejor de la noche, el inmediato e infaltable abrazo lento, fuerte y efusivo, abarcando su cintura y su espalda, para posar mi barbilla y boca sobre la curva de su piel, entre el cuello y el hombro, tan tersa y cálida, impregnado de su exquisito aroma. No tendría ningún problema en que justo ahí se detuviera el tiempo. Pero después sigue el beso mutuo, tan efímero e hipersensible. Lo repetiría tantas veces en cámara lenta como ahorita hago en este encierro.

(Escribe una palabra en el buscador de YouTube: opio).

Yo no soy un héroe del silencio, pero ahora comprendo más que nunca el estribillo de Bunbury: las cosas más triviales, se vuelven fundamentales.

## **Batalla feroz**

Mientras Jorge mueve con destreza los mazos, tocando La llorona, Heriberto atrapa las monedas que les lanzan desde las ventanas. Sólo algunos cuantos se atreven a abrir las puertas. Los miran aterrados y otros con admiración hasta la sonrisa les regalan. Las calles están desiertas, pero ellos no se detienen en su peripecia, así lo piensan porque mover la marimba no es fácil. Antes bastaba colocarse en una equina o afuera de un restaurante. Ahora tienen que caminar y arrastrar ese pesado armatoste de palo rosa porque la mayoría de los negocios están cerrados. En tres días continuos apenas han sacado la ganancia de uno normal. Cualquier moneda es infinitamente valiosa. Tienen mucha competencia con los cilindrerros, los vendedores ambulantes y los indigentes. En algunas colonias también hay solistas con trompeta o guitarra. Es una batalla feroz, pero ellos además acarrear con la marimba.

En el cruce de Av. Juárez con la calle Luis Moya, en el centro histórico de la CDMX, una señora asoma a la ventana y grita: ¡Ahí les va!, pero en vez de arrojar la moneda hacia abajo, la lanzó hacia arriba como un volado y Heriberto no logró atraparla, pegó en un borde la marimba y al llegar al suelo cayó por el canto y comenzó a rodar por la banquetta sin detenerse, el ayudante del músico se fue detrás de ella, pero un cilindrero que estaba a dos locales de ahí le tomó la delantera para alcanzar la moneda que siguió corriendo unos metros más, hasta que empezó a tambalearse y cuando estuvo a punto de tomarla, un pie descalzo y ennegrecido la pisó. El hombre, corpulento y harapiento, les hace una señal de negación con la cabeza a ambos. Heriberto, jadeando, le dijo: la moneda nos la lanzaron a nosotros, y el cilindrero objetó: mentira, cayó de mi lado, era para mí. El pordiosero les repitió la negativa. Los dos le hicieron súplicas, pero él sólo respondió en un tono gutural, levantando la cabeza como si cantara al cielo: Ay, de mí, Llorona, Llorona, Llorona.

## Una última vez

Lo más desconcertante para ella fue el silencio. Recorrer en auto esa ciudad otrora bulliciosa y sin descanso, le pareció siniestra ante tanta desolación. Lejos de sentir temor, la invadió una sensación extraña, casi placentera. Las calles de Madrid lucían desiertas, de día como un escenario rulfiano, en abandono; de noche, como un gran cementerio iluminado. Pero el silencio terminaba en punto de las ocho pm, cuando los residentes salían a sus balcones para aplaudir al personal sanitario, y a todos los que continuaban trabajando en los supermercados y farmacias. Luego el silencio reaparecía.

Después de haber pasado el fin de semana en Madrid, recluida con su novio en el departamento que éste tiene sobre La Gran Vía, se levantó por la madrugada, se vistió y preparó la maleta para luego emprender su viaje de regreso a San Sebastián. No quiso despertarlo, pero al darle un beso de despedida y sentir sus labios febriles no se contuvo en decirle:

—¡Estás que ardes!, ¿no te bastaron 48 horas?

—Espera, ¿ya te vas?

—Sí, ni siquiera te levantes. Nada de despedidas, te veo en dos semanas.

Mientras conducía por la ciudad, recordaba la noche anterior, le pareció increíble haber presenciado el homenaje que la gente hace a los trabajadores del sector salud. Poco antes de salir a carretera, vio y oyó a una mujer pidiendo ayuda, mientras dos policías la sujetaban para esposarla y subirla a la patrulla. Cuando pedía auxilio, se escuchaba a algunas personas gritarle en reproche: ¡Que nos vas a contagiar, gilipollas! ¡No te resistas y déjalos trabajar, idiota!

Al ver la escena, Zuri intentó detenerse, bajó la velocidad y se orilló sin apagar el motor. La mujer, que llevaba ropa deportiva y la tenían boca abajo sobre la banqueta, al parecer había salido a correr, pero por el estado de alarma decretado por el gobierno español, la policía la detectó y sometió por no haberse quedado en casa.

—¡Auxilio, ayúdenme! No estoy haciendo nada malo, por favor. ¡Déjenme! ¡Ayuda... ayuda!... Esto no es justo...

—Lo que no es justo es que salgas a correr, mujer. Pones en riesgo a la policía, boba.

Zuri decidió no interferir, arrancó y continuó su viaje sin parar hasta San Sebastián, le esperaban casi cinco horas de camino. Se sentía un poco turbada por lo que acababa de presenciar, pero también por la temperatura inusual en su novio. La tranquilizó pensar que él con 27 años de edad, y ella con 25, cualquier malestar sería pasajero. Seguramente un resfriado por haber dormido con la ventana abierta durante toda la noche.

Cuando llegó a San Sebastián se dirigió hacia la Zurriola, la playa donde trabaja como salvavidas. Sacó la maleta del auto, entró a los vestidores, se desvistió y se puso con rapidez el bikini para luego dirigirse al puesto de vigilancia, donde ya estaba uno de sus compañeros, Ander, quien durante más de un año había sido su pareja sentimental y aún seguía enamorado de Zuri, a la que llamaba *Blanca*, *Bonita*, *Encantadora* o *Princesa*, significados de su nombre en euskera, swahili, francés y en indio, respectivamente.

Hola, *Bonita*, ¿cómo te fue? Te he dicho que no me llames así, sólo Zuri. Venga, no te molestes, si te quieres meter a surfear ve, yo te cubro, casi no hay gente. Ella fue por su tabla y se metió mar adentro. Ander se conformaba con mirarla, ¡es una maja!, ¡ederra! Tiene el nombre tan bien puesto, que el mar se maravilla cuando se desliza en él, cuando entra o cae en sus fauces, cuando encanta las olas con su figura de sirena.

Zuri aprendió a surfear con Ander y con él mismo el trabajo de socorrista para pasar todos los veranos enteros en la playa. Era esbelta, de piel bronceada, ojos y cabellos oscuros. Su constante desafío al mar había transformado su mirada, de una chica enamorada a una mujer intrépida, audaz.

Al día siguiente de haber llegado a San Sebastián, su novio le envió un mensaje para decirle que lo habían diagnosticado con el nuevo coronavirus, instándola a que también se hiciera la prueba, pues aunque no sintiera síntomas podría ser portadora. Ella lo ignoró, pero tres días después, con una ligera tos, decidió acudir a la clínica. El resultado fue positivo. En ese momento ella recordó el silencio de Madrid... la fiebre de su novio... la mujer detenida... Lo primero que hizo fue avisar a Ander para decirle que tenía que permanecer en aislamiento en su domicilio por unas semanas.

Al llegar a su casa, con la incertidumbre de la enfermedad, sin saber si iba a morir o no, apareció en su mirada ese ferviente anhelo de ir a surfear de nuevo, *tal vez sea mi última vez*, pensó. Ander ya había avisado al resto de socorristas que Zuri estaría en cuarentena hasta que pasara su enfermedad, pero para sorpresa de todos, una hora después la vieron surfeando



en la playa. De inmediato el Departamento Vasco de Seguridad recibió una llamada al mediodía para alertar la presencia de una mujer que surfeaba y era portadora del virus.

A los pocos minutos los agentes arribaron a la playa, le hicieron señas a Zuri para que saliera del mar, pero ella hacía como que no los veía. Entonces los policías se acercaron en lancha a la surfista para indicarle que se dirigiera a la orilla, pero se negó. Así transcurrió media hora y ella seguía tomando las olas. Después llegó otra embarcación para bloquearla de ambos lados. Entonces se encaminó para salir, donde la esperaban varios uniformados que rodeaban la playa. Aventó la tabla e intentó correr, esquivando a los oficiales que portaban los trajes de protección individual EPI, para evitar el contagio. La rodearon otros tres elementos y buscó regresar al mar, pero uno de ellos la alcanzó, la tomó del brazo y ella se zafó con fuerza, la cogió por la parte trasera del traje y al jalonearse se rompió, quedando sus senos descubiertos. Enfurecida, levantó su pierna para empujarla sobre el pecho del policía que cayó al agua, corrió y se sumergió, comenzando a nadar mar adentro. Los gendarmes que estaban en la lancha, con todo y uniforme se arrojaron al mar. Ella, flotando, levantó uno de sus brazos para mostrar en su mano que se había quitado la braga. Les dijo: ¿Me van a detener estando desnuda?

Una de las lanchas se acercó a la orilla para que subieran dos mujeres policías que ya traían puestos sus trajes de baño, llevaban además una manta para cubrirla una vez que fuera detenida. Llegaron hasta ella detrás de la reventazón de las olas, diciéndole: tarde que temprano te cansarás. Hizo una mueca y echó su cuerpo hacia atrás, en posición dorsal para descansar. Luego de unos minutos, al final cedió y comenzó a nadar hacia la orilla. Intentaron darle la frazada, pero se negó a tomarla, cuando vio que una multitud la estaba observando y grabando con sus celulares, ella misma pidió el cobertor. Una vez que tocó piso se cubrió el torso y a medida que descendía el agua, se tapó el resto del cuerpo.

Los policías le pidieron que se sentara en la arena y, echara sus brazos hacia atrás. Ahí le colocaron las esposas, la levantaron y le cerraron toda la frazada. Ander se acercó para calmarla, pero ella lo miró con ira. No me veas así, sabes que yo no te reporté. ¿Entonces quién? Observó que uno de los socorristas de recién ingreso la grababa. Sin ningún pudor le dijo: “Escóndete chaval, sinvergüenza, te vas a enterar, todos me conocen”.

## Los pensadores (conversatorio)

Bajo la inmensa fronda de una parota, a medio terreno de un campo abierto en Cofradía de Suchitlán, Comala, el filósofo Leopoldo Barragán dio la bienvenida a sus invitados para participar en el coloquio “No es el virus, es el hombre”, organizado por la Academia Ticús de Filosofía y Ciencias Sociales.

Los pensadores, provenientes de diferentes partes del mundo, asistieron para charlar sobre la vida, la muerte y lo que va por en medio: el endemoniado coronavirus, como lo bautizó el egregio artista zacatecano, Manuel Felguérez, por quien el anfitrión colimense pidió un minuto de silencio, para luego decirles con una franca honestidad:

—Sé que no llegaremos a una conclusión homogénea, precisa e irrefutable sobre la nueva condición social, económica, política y existencial en la que nos encontramos desde que la pandemia empezó a propagarse, pero cada quien es libre de emitir su discernimiento una vez que el otro haya terminado su locución. Cuando llegue el momento místico, abriremos las botellas de mezcal y tequila.

La mesa redonda quedó integrada por el filósofo español, Paul Preciado; el surcoreano Byung-Chul Han, el italiano Giorgio Agamben, el también lingüista y politólogo norteamericano, Noam Chomsky; el sociólogo esloveno, Slavoj Žižek; el escritor e historiador israelí, Yuval Noah Harari; el escritor mexicano, Juan Villoro, y el anfitrión de Colima, Leopoldo Barragán, quien lanzó el primer cuestionamiento: ¿cuál es su evaluación general sobre la situación que prevalece?

—PP: Un escenario de biovigilancia y ciberautoritarismo. Las medidas biopolíticas de gestión del contagio impuestas frente al coronavirus han hecho que cada uno de nosotros nos transformemos en un trabajador horizontal más o menos playboyesco. Me refiero a que el espacio doméstico de cualquiera de nosotros está hoy diez mil veces más tecnificado que lo estaba la cama giratoria de Hugh Hefner en 1968. Los dispositivos de teletrabajo y telecontrol están ahora en la palma de nuestra mano. Por tanto, los cambios que se vienen con la propagación del coronavirus es que el espacio doméstico se ha convertido en espacio multifuncional desde donde trabajamos, consumimos y en el cual somos vigilados.

—SZ: Pienso que la expansión del virus ha detonado y potenciado las epidemias de virus ideológicos que estaban latentes en nuestras sociedades: noticias falsas, teorías conspirativas paranoicas y explosiones de racismo. Eso es lo que prevalece.

—LB: La exhortación a la reclusión en nuestros hogares y la invitación para el distanciamiento social, son incentivos que tienden a deshilvanar parte del tejido social, si bien es comprensible el riesgo de la proximidad con el otro, también lo es que el distanciamiento puede conducirnos al extrañamiento y a la indiferencia por el prójimo, y de manera contraria, al acercamiento por las cosas; tales medidas son una posibilidad para transmutar nuestro comportamiento a través de una hipertrofia de valores, cambiando a los objetos como sujetos preventivos del contagio; ahora las cosas toman un lugar preponderante sobre las personas bajo la creencia de que, al menos en teoría, nos ayudarán a superar la contingencia.

—JV: Más allá de la comparación con Hefner, que estoy seguro muchos de los presentes deseáramos al menos tener un día playboyesco como este hombre, coincido hasta cierto punto con Paul y Leopoldo. Nunca como hasta ahora nos habíamos dado cuenta de la importancia del contacto físico, pero la tecnología también ha sido un elemento crucial para sobrellevar la pandemia en la cuarentena, como la comunicación, el trabajo y el entretenimiento. Sobrevivimos por pensar, distraernos, no caer en la locura, viendo gifs, poemas; de ahí que sea un error pensar sólo en lo económico y no en lo cultural, el arte lo necesitamos para soportar el peso de la realidad, un ser humano se define integralmente también por la parte emocional, no sólo económica.

—BCH: Creo que ese ha sido el problema por el que no se han logrado frenar los contagios, pues hasta ahora ni Europa ni América han entendido que la vigilancia digital ha sido la clave en Asia. El big data tiene un potencial enorme para contener la expansión de la pandemia. Se podría decir que en los países asiáticos las epidemias no las combaten sólo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos.

—GA: Eso que dices, Byung, es imponer límites a las libertades individuales excusados por un estado de seguridad. Una sociedad que vive en un estado de emergencia perpetua no puede ser una sociedad libre. El aislamiento es el estado de excepción que se ha transformado

en un instrumento normal de gobierno con el pretexto de la inseguridad, primero del terrorismo, y ahora con la pandemia

—SZ: Es correcto, los aislamientos decretados han tenido otro objetivo, mantener en cuarentena a los enemigos que representan una amenaza a nuestra identidad.

—BCH: Hablarán por ustedes, europeos al fin, pero entre la comunidad oriental no hay una conciencia crítica por la protección de datos. En el vocabulario de los chinos, por ejemplo, no aparece el término “esfera privada”.

—GA: Los asiáticos están acostumbrados al autoritarismo, obedecen a ciegas.

—BCH: Tienes razón, Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur tienen una mentalidad autoritaria, que les viene de su tradición cultural (confucianismo). Las personas son menos renuentes y más obedientes que en Europa porque confían más en el Estado. La vida cotidiana está organizada mucho más estrictamente porque impera el colectivismo, no el individualismo acentuado. Y eso ha sido un acierto para enfrentarse al virus, con la vigilancia digital.

—LB: Es cierto que los mexicanos no pensamos como alemanes, ni mucho menos como japoneses y chinos, lamentablemente no tenemos la idiosincrasia social preventiva ni la disciplina del trabajo en equipo, que, en casos como el presente, resulta indispensable para obtener resultados favorables contra el coronavirus. Adolecemos de una cultura de prevención sanitaria que debería de formar parte de las estrategias pedagógicas desde la educación básica. Por ejemplo que nos baste mencionar cómo hasta ahora se nos está inculcando por medios visuales, algo tan sencillo y de sentido común: la manera correcta de lavarnos las manos continuamente, cuando esto debería ser una enseñanza fundamental impartida desde el interior del aula y los hogares.

—GA: Así como las guerras han legado a la paz una serie de tecnologías nefastas, desde el alambre de púas hasta las centrales nucleares, de la misma manera es muy probable que se buscará continuar, incluso después de la emergencia sanitaria, los experimentos que los gobiernos no habían conseguido realizar antes: que las universidades y las escuelas cierren y sólo den lecciones en línea, que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales y sólo intercambiamos mensajes digitales, que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto -todo contagio- entre los seres humanos.

—YNH: Yo considero que la prioridad es pensar y actuar globalmente, haciendo a un lado los nacionalismos y las pretensiones monopólicas.

—SZ: Tenemos que reinventar el comunismo, basándonos en la confianza en las personas y la ciencia.

—YNH: El monitoreo central y los castigos duros no son los únicos métodos para lograr que la gente cumpla con lineamientos en su beneficio. Cuando a la gente se le dicen datos científicos, y cuando las personas confían en las autoridades públicas que les digan esos datos, los ciudadanos pueden hacer lo correcto sin un ente vigilante que vea sobre sus hombros. Una población bien informada y automotivada, usualmente es más poderosa y efectiva que un pueblo ignorante vigilado por la policía.

—JV: Por desgracia, padecemos otro mal de los tiempos: la polarización política. Toda cifra y toda medida son juzgadas de manera ideológica. El peor virus son las distorsiones de la realidad que impiden solucionarlas.

—NCH: Estamos en medio de una confluencia de crisis existenciales: la de la catástrofe medioambiental, la de la guerra nuclear, la crisis del deterioro de la democracia, que es el único medio para combatir estas crisis. Y, además, las pandemias. El Covid-19 en particular -del que saldremos- tendrá un costo innecesario, terrible. Pero no será el último. Hemos tenido mucha suerte con otras epidemias, el ébola, por ejemplo, fue altamente letal pero no demasiado contagioso. El SARS es muy contagioso, pero no muy letal. La próxima pandemia que se presente podría ser ambas: altamente contagiosa y altamente letal. Entonces, nos enfrentaremos a algo así como la peste negra del siglo XIV. Podemos prevenirlo, pero hay que hacerlo.

—YNH: Las decisiones que están tomando ahora los gobiernos y pueblos son las que darán forma al mundo que tendremos en los próximos años. No sólo formatearán nuestros sistemas de salud, sino también nuestra economía, la política y la cultura; debemos actuar con presteza y decisión.

—NCH: Con la epidemia de SARS en 2003, un virus muy similar, los científicos advirtieron que vendrían otros, que debíamos prepararnos y sabíamos cómo hacerlo: aislar los virus, planificar cómo desarrollar una vacuna, fortalecer un sistema de prevención de pandemias. Todo está bastante claro. Pero no basta con tener la información; alguien tiene que hacerlo. Las grandes empresas farmacéuticas y laboratorios tienen los recursos. No lo

hacen, sin embargo, porque hay algo que se llama capitalismo. El capitalismo dicta que siempre intentes aumentar tus ganancias. No gastas dinero en algo que podría suceder dentro de diez años y en lo que no se ganará mucho. Tienes la vacuna, la gente la usa, se acabó. Las compañías farmacéuticas invierten en cosas que puedan seguir vendiendo mañana.

—LB: En la medicina romana era frecuente apelar al principio: *Medicus curat, natura sanat* (el médico cura, la naturaleza sana), regla que vale la pena tener presente en esta crisis sanitaria mientras no haya vacuna. Aunque como dijo don Carmelo, ese campesino que ven allá entre los cafetales con su guadaña, “para morirse uno, no hay especialidad”.

—JV: Es correcto Leopoldo. Muchas personas, como don Carmelo, han tenido que salir de sus casas para trabajar y poder comer, porque la epidemia del hambre ha sido más fuerte.

—BCH: Lo lamentable fueron las reacciones negativas a las medidas profilácticas, por un lado, quienes desde el inicio de la contingencia sanitaria negaron la existencia del virus, o la minimizaron a una especie de gripe como hizo Giorgio, y por otro, quienes se sintieron privados en sus derechos humanos, calificándolo como un “arresto domiciliario”, negándose a “vivir con miedo y privados de su libertad”.

—PP: Es una estupidez, el virus existe, no hay duda. ¿Acaso son una ficción los cientos de miles de muertos? Impera la estulticia.

—GA: Y lo sostengo aún, estupidez me parece el estado de excepción que buscan imponer los gobiernos, excusados en una gripe. Es legítimo preguntar si la sociedad aún puede definirse como humana o si la pérdida de relaciones sensibles, de la cara, de la amistad, del amor puede compensarse realmente con una seguridad sanitaria abstracta y presumiblemente ficticia.

—LB: En México las llamamos pendejadas, pero nadie escapa a la pendejez, es incluyente, universal; la pendejez es un muro infranqueable, no hay escapatoria. Y reconocerla, no sólo es un acto de honestidad, sino de valor personal.

—YNH: Una pende... ¿cómo, Leopoldo? ¡Pendejada!, que nunca entendí, fue por qué la gente compró tantos paquetes de papel higiénico. Es una gran incógnita.

—PP: Otra gran pendejez, independientemente de lo mucho o poco que evacuen, como las declaraciones idiotas y peligrosas del presidente de Estados Unidos, que recomendó ingerir o inyectarse desinfectantes como cloro para eliminar el Covid-19.

—SZ: O las del presidente mexicano, que la enfermedad no era algo terrible, fatal, ni siquiera equivalente a la influenza, pidiendo a los habitantes darse besos y abrazos, y al igual que el mandatario norteamericano y el brasileño, no usa cubrebocas...

Los pensadores guardaron un silencio cómplice, mientras unos observaban el paisaje agreste de Cofradía de Suchitlán, otros veían con asombro el follaje de la parota; algunos más, las botellas de mezcal y tequila.

—LB: Tal como lo supuse, abarcaríamos todo pero sin llegar a algo concreto. Cada quien saque sus conclusiones, pero lo que nadie podrá negar es la sabia filosofía josealfrediana: la vida no vale nada. Y si se nos acaba, mejor que sea frente a una copa de vino, y en el último trago nos vamos.

Los pensadores alzaron sus copas y al unísono, cada uno en su idioma, exclamaron con un profundo anhelo ¡salud, cheers, na zdravje, saluti, 건배 (geonbae)!